Radhika Jha

Mi bella adicción

Traducido del inglés por Pilar de Vicente Servio

Alianza Editorial

Título original: *My Beautiful Shadow*

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

© Radhika Jha, 2014
© de la traducción: Pilar de Vicente Servio, 2016
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-330-0
Depósito legal: M. 1.856-2016
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Primera parte
11 Mi hermosa sombra
17 Un buen hombre
33 Dos visitas
51 Tacones
61 La religión de la felicidad

67 Segunda parte
69 Tomoko
89 Cosas bonitas - 1
101 Cosas bonitas - 2
119 La doble vida
127 Una carta del banco
137 Un asunto peliagudo
151 El difícil arte de ser aburrida
181 Un loto en un estanque de lotos
203 La sabiduría de la ostra
221 A Aso-san
231 Invisible
251 La ciudad de los gigantes
265 Sombras de Dogenzaka

Primera parte

Mi hermosa sombra

Tengo un secreto. Pertenezco a un club. Ves a sus miembros por todas partes: en Ginza, en Marunouchi, en Aoyama y Omotesando; en las mejores zonas de la ciudad. Es un club muy grande, posiblemente el más grande de Tokio, de Japón, tal vez del mundo entero. Pero no es famoso. No hace falta que rellenes un formulario para unirte. No exige un vestuario en concreto ni tiene un reglamento. Ni siquiera tiene nombre. Además, no tiene tasas de inscripción ni cuotas de miembro, aunque los gastos en que podrías incurrir para seguir formando parte de él eclipsarían las cuotas del club de golf más exclusivo de Chiba. Y no hay límite de edad para unirse. Aunque sí se tarda un tiempo en ser aceptada.

En realidad, el secreto es el club en sí. Es secreto en el sentido de que sus integrantes no se conocen unas a otras. Nos vemos. Aprendemos a reconocernos mutuamente. En ocasiones, incluso nos sonreímos. Pero no intentamos conocernos. Esa es una de las reglas tácitas.

Pertenecer a un club no es lo mismo que pertenecer a un grupo. Todo el mundo nace perteneciendo a un grupo. Tú eres hombre, y yo, mujer. Tú eres americano, y yo, japonesa. No decidimos nada de esto. Se decidió por nosotros. No tuvimos elección.

Pero unirse a un club es como aceptar un matrimonio por amor, porque aquí sí podemos elegir. Por eso todos queremos pertenecer a uno. Hasta que no encontramos nuestro club, nuestra alma está a la deriva, y esto nos provoca ansiedad. Cuanto más tardamos en encontrarlo, más ansiosos nos sentimos. Entonces, un día, encontramos el club al que debemos pertenecer. Dejamos de vagar sin rumbo por la vida. Tenemos un propósito. Y aunque puede que la cola frente a la entrada sea larga, esperamos pacientemente, llenos de esa energía especial llamada *gaman*, autocontrol. Cuando se abren las puertas y por fin oímos decir nuestro nombre, entramos con orgullo.

Pero hay una restricción para ser miembro de mi club: solo pueden pertenecer mujeres. Los hombres dicen que las mujeres no saben guardar un secreto. Pero son los hombres los que no saben. Mi club es el secreto más grande y mejor guardado de todos los secretos de Tokio. Muchas de sus integrantes ni siquiera saben que forman parte de él.

Y puede que mi club no sea el más antiguo de Tokio, pero sin duda es el más grande. Ninguna de nosotras sabe cuántos miembros tiene. Pero las veo por todas partes: en el metro, en las calles, en las oficinas de los bancos y del gobierno, en los hospitales. Entonces, ¿cómo, me preguntarás, nos reconocemos las unas a las otras? No puedo hablar por las demás, pero yo tengo un don. Puedo reconocer a mis hermanas miembros

de un vistazo. Y a veces ellas me saludan con una discreta sonrisa de complicidad o, simplemente, enarcando una ceja.

De haber sido otra persona, tal vez habría intentado sacar provecho de este conocimiento. Los bancos o las empresas de tarjetas de crédito me habrían pagado millones por lo que sé. Pero no lo utilizo, porque las de mi club son mis hermanas. Conozco sus hábitos. Sé lo que piensan a las seis de la tarde de un domingo, mientras preparan la cena de la familia. O a las once de la mañana de un lunes, cuando pasean por la avenida principal de Ginza, esperando a que las dependientas les den la bienvenida a sus tiendas. Y sé lo que sienten cuando, a las tres de la tarde de un martes en Marunouchi, caminan, con la cabeza baja, a pasos apresurados y culpables hacia el metro. Se me llena de orgullo el corazón cuando veo a las guapas: altas, delgadas y elegantes, con siluetas siempre jóvenes. Pero lo que me hace llorar de emoción es la valentía de las que ya están cansadas y mayores pero siguen queriendo ser jóvenes. ¡Qué humillaciones no habrán sufrido para seguir perteneciendo al club durante tanto tiempo!

Como todos los clubes, el mío tiene sus facciones y su política. En él hay dos grandes grupos enfrentados: las amas de casa y las oficinistas. Las primeras tienen tiempo, pero poco dinero que gastar. Van a las tiendas y miran, miran y remiran antes de comprar. Sobornan a los vendedores para que las inviten a las rebajas exclusivas. Son tan imaginativas y creativas y los resultados de su duro trabajo son tan elegantes que no puedo evitar sentirme orgullosa de ellas.

Las oficinistas tienen dinero, pero no tiempo. Trabajan codo con codo con los hombres en sus oficinas desde las nueve

de la mañana hasta las ocho o las nueve de la noche y solo pueden ir de compras los fines de semana y durante la hora del almuerzo o, a veces, después del trabajo, si tienen la suerte de acabar antes de que cierren las tiendas. Se quejan mucho, como suelen hacerlo las hermanas pequeñas. Dicen que las amas de casa tenemos suerte, que conseguimos las mejores gangas mientras que ellas, al llegar más tarde, tienen que contentarse con las sobras. Por eso, dicen, no visten tan bien como nosotras. Pero la verdad es otra. En realidad, estas mujeres son niñas pequeñas. No quieren crecer, no saben cocinar. Compran un montón de basura: vestidos de volantes y blusas de flores. Sus bolsos y pañuelos también son floreados. Y les encantan los accesorios. Decoran sus ordenadores y teléfonos móviles con purpurina y llevan joyas engastadas en los llaveros e incluso en las uñas. Les gusta pensar que pueden robarnos el amor de nuestros hombres. Pero se equivocan. Nuestros hombres ya están vendidos. Su amor pertenece a la empresa. El único espacio que están dispuestos a dedicar a una oficinista está en su ego. Si ella sabe cuidarlo bien, se quedará con él. Si no, lo perderá.

Hay, además, un tercer grupo de miembros que no pertenecen a ninguna de estas dos facciones y que son despreciadas por ambas: las amas de casa que visten como oficinistas. Las mujeres de este grupo son actrices tan consumadas y el deseo que las consume es tan intenso que hasta sus cuerpos parecen jóvenes y virginales. Pero es una ilusión. El hecho de que estén en las tiendas a las once de la mañana y a las tres de la tarde, horas a las que las verdaderas oficinistas están trabajando, las delata. Los hombres también lo saben, y sus ojos se avivan al

verlas. De hecho, son dignas de admiración. Porque no dejan al azar ni el más mínimo detalle de su aspecto; desde las uñas largas y brillantes y la melena reluciente y cuidadosamente peinada hasta los pañuelos de Hermès y bolsos de Louis Vuitton. Y qué combinaciones de colores: morado y naranja, lila y marrón, gris y azul hielo. Combinaciones que no se han inventado entre las páginas de una revista de moda. Las conjuran mis hermanas y las lucen con valentía por las calles de Tokio. Cuando paseo por Ginza o por Minami Aoyama, nunca me siento sola, porque estoy rodeada de mis hermanas y puedo caminar con orgullo.

Puedes llamar a mi club el club de las amantes de la belleza. Pero no somos amantes de la belleza de otras personas. No perseguimos las cosas bellas ni llenamos nuestras casas de objetos hermosos e inútiles. No recorremos millas enteras para contemplar una bonita vista o un pájaro exótico ni pagamos precios desorbitados por escuchar lo que los extranjeros llaman música «bella». Porque no codiciamos la belleza creada por otros. Aspiramos a crear nuestra propia clase de belleza, y lo hacemos sobre nosotras mismas. Y la belleza que formamos no es estática ni pasiva, porque la creamos y recreamos a diario. Somos las verdaderas estetas, porque lucimos nuestra belleza sobre nuestros propios cuerpos. Y aunque nuestras casas estén viejas y ruinosas y las paredes apesten a vejez y a cansancio, cuando salimos a la calle después de arreglarnos por la mañana, estamos jóvenes, frescas y guapas. Y nuestra ropa y maquillaje están perfectos.

Un buen hombre

Puede que ya hayas adivinado a qué grupo pertenezco. Sí, pertenezco al grupo de las mujeres casadas. ¿Te sorprende? Escucha mi historia y lo entenderás.

Me casé con diecisiete años, orgullosa de estar casada. Porque no era guapa como mi amiga Tomoko Ohara. No había ni una sola parte de Tomoko que no fuese perfecta. Tenía las orejas pequeñitas y bien formadas, planas y pegadas a la cabeza. Era alta y delgada como una modelo. Tenía un cutis fino y translúcido que resplandecía con esa luz celeste claro que solo se encuentra en la porcelana china más delicada. Pero la belleza, como la llama de una vela, proyecta sombras oscuras allá donde va. Tomoko solo tenía que entrar en una habitación para que el resto de las chicas sintiesen que habían dejado de existir. Ninguna chica quería vivir a la sombra de Tomoko. Así que me eligió a mí para que fuese su amiga. Yo sabía que nunca sería guapa. Pero cuando estaba con Tomoko, el mundo se convertía en un lugar más luminoso.

¿Y *cómo era yo, me preguntas?*

No. Me niego a pasar la vergüenza de contarte el aspecto que tenía entonces. Bastará con que te diga que, a partir de secundaria, sentía que tenía dos calabazas sobre el pecho. Aunque en tiempos habíamos sido una familia bastante acomodada, cuando empecé la secundaria mi madre solo podía permitirse comprar ropa de segunda mano, y la mayoría ni siquiera me quedaba bien... sobre todo en la zona del pecho. La única ropa nueva que me compraban eran los uniformes: uno de invierno y uno de verano. Pero incluso en esto, mi madre hacía trampas, y me compraba solo dos camisas blancas en vez de tres; así que cuando una compañera me derramó tinta indeleble sobre una de ellas, tuve que llevar un jersey en pleno verano para ocultar las manchas.

Conocí a mi marido gracias a Tomoko.

Si hablamos de novios, Tomoko podría haber salido con cualquiera de los jóvenes de Gyosei, el elitista colegio de chicos que estaba a la vuelta de la esquina del nuestro. La mayoría de las chicas de nuestra escuela soñaban con casarse con un chico de Gyosei, y muchas lo consiguieron. Pero Tomoko no quería a ninguno de ellos. Quería a alguien mayor, más maduro... un hombre. Así que a partir de secundaria empezó a perseguir a los estudiantes universitarios. Y así fue como me encontré saliendo con un universitario cuando solo estaba en el tercer año de instituto.

Ryu Nishikawa era el mejor amigo de Yashuo, el novio de Tomoko por aquel entonces. Era un estudiante becado de Kitakyushu, en el extremo sur de Japón, y vivía en una residencia para estudiantes de Kyushu dirigida por sacerdotes cristianos cerca de la estación de Yotsuya. Alto, moreno de piel y delga-

do, tan delgado que parecía que los codos iban a abrirle un agujero en la camisa, Ryu tenía un aspecto completamente opuesto al mío. Yo era bajita y un poco rellenita y mi piel, como la de la mayoría de las chicas de ciudad, era pálida, casi blanca.

La primera vez que nos vimos, no dijo ni una palabra, pero lo sorprendí mirándome los pechos varias veces. Yo también me sorprendí a mí misma mirándolo a él. Me recordaba a un pájaro, tan moreno y callado. Pero tenía los ojos muy brillantes y hambrientos, y cuando me miraba, me invadía una sensación de calor, como si estuviese sentada al sol de primavera. Así que no me sorprendió demasiado que Tomoko me dijera que quería volver a verme. A Tomoko le gustaba que las cosas saliesen bien, así que le hizo ilusión que saliese con el mejor amigo de su novio.

—Así, siempre estaremos juntas —dijo con una risita, al darme la noticia—. Podemos quedar los cuatro e ir al cine y a cenar juntos. ¿No es perfecto?

Por supuesto que lo era. En mi mundo de color gris, estar con Tomoko era lo mejor que podía imaginarme en la vida. Pero no pude evitar preocuparme. Porque, ¿cómo iba a mantener el interés de un universitario? No era guapa ni inteligente ni vestía bien, como Tomoko. Ni tenía un padre rico y de éxito.

Pero Tomoko resolvió también este problema por mí. La segunda vez que quedamos Ryu y yo, fue para ir a ver una película, y yo llevaba una blusa de terciopelo negro que me había prestado Tomoko. El pronunciado escote rodeado de un anticuado encaje color hueso ponía de relieve la blancura de mis

pechos y el profundo valle que había entre ellos. Combinamos la blusa con una falda de cuadros de Burberry, también de Tomoko, en cálidos tonos de marrón, beis y burdeos. La falda era muy corta, con lo que esperaba compensar lo corto de mis piernas, sobre todo comparadas con las de Tomoko. Había robado dinero de la caja para emergencias que había en casa y fui a que me peinasen y maquillasen en Damm, el salón de belleza más popular de Harajuku. Fue la única vez que le robé a mi madre, y debió de darse cuenta, pero nunca me habló del tema.

Durante la película, Ryu no dejaba de girar la cabeza para mirarme, y después se ofreció a acompañarme hasta la estación de metro. Fue directo al grano en cuanto perdimos de vista a los otros dos, agarrándome los pechos y empujándome contra el áspero tronco de un cerezo. Aunque conseguí quitármelo de encima de un empujón, me sorprendió descubrir lo fuerte que era.

—*Mada dame!* —siseé. «Ahora no». Y luego, después de enderezarme y adecentarme un poco, añadí—: Quiero ver dónde vives. ¿Puedes llevarme?

—No se permite la entrada a mujeres —dijo enfurruñado, pero noté que se sentía aliviado porque no lo hubiese mandado a paseo.

—No pasa nada. Solo quiero ver cómo es —contesté, atrevida— para poder imaginarte durmiendo dentro.

Así que, en vez de ir cada uno por nuestro lado, salimos juntos del metro y caminamos hasta Yotsuya. Pasamos en silencio junto a la estación y a lo largo de la Universidad Sofía. La calle estaba flanqueada por cerezos, de los que colgaban pesados racimos de flores. Al cruzar el puente, dejamos a la iz-

quierda un campo de béisbol que pertenecía a la Universidad Sofía. Me detuve en seco. La puerta de uno de los laterales estaba abierta de par en par: alguien había olvidado echar la llave. Le tiré de la mano.

—Entremos.

—¿Por qué? —preguntó. Parecía desconcertado.

—Porque sí. —No podía decirle que era la primera vez que estaba a solas con un hombre ni que me sentía tan feliz que la felicidad que hacía que me bullese la sangre me empujaba a hacer algo distinto, algo que me hiciese recordar aquella noche.

Así que, en vez de contestar, entré en el estadio. No volví la vista atrás, aunque Ryu gritó mi nombre dos veces. Cuando llegué a la mitad del campo, que estaba en penumbra, me di la vuelta. Y entonces no sé qué mosca me picó, pero me quité la blusa.

—¿Qué haces? —gritó—. Te va a ver la gente.

—¿Ah, sí? Entonces será mejor que vengas y me pongas la blusa —contesté, atrevida.

Así que vino. Al principio, indeciso, y después, con los ojos fijos en mis pechos, cada vez más rápido. Cuando estuvo a una distancia a la que casi podíamos tocarnos, me di la vuelta y salí corriendo.

—¡Eh! —gritó, y echó a correr tras de mí—. Espera.

Pero no esperé. Corrí en línea recta hacia la luz solitaria que había en el extremo más alejado del campo. Era una de esas farolas anticuadas y desprendía un cálido resplandor dorado. Como Sofía era una universidad privada, podía permitirse el lujo de conservar las antiguas farolas, y mientras espe-

raba a que Ryu me alcanzase, recuerdo que me pregunté qué aspecto tendrían los que podían permitirse ir a universidades como Sofía. Jadeando, Ryu penetró en el círculo de luz y entonces ya no pensé en nada más.

Ryu siempre dice que lo volví tan loco durante su último año de universidad que fue un milagro que consiguiese aprobar los exámenes. Todas las tardes de ese año, Tomoko y yo esperábamos a nuestros hombres frente a las puertas de la Universidad de Waseda y los cuatro íbamos a tomar café a Jonathan's. Después, mi futuro marido y yo emprendíamos el largo paseo hasta Yotsuya, donde yo tomaría el tren a Musashi Koganei, donde vivía mi madre. Pero antes, íbamos al campo de béisbol.

Había caído la noche. Me acercaba a la farola y esperaba bajo la luz. Allí me quitaba la blusa y luego el sujetador y, sosteniéndome los pechos en las palmas de las manos, se los ofrecía a Ryu. Él se me acercaba lentamente, tomándose su tiempo. Cuando estaba a medio metro de distancia, se paraba y me miraba fijamente sin hacer nada. Al verlo vacilar, me entraba miedo y me levantaba los pechos todavía más con las manos. «Aquella primera vez, la luz amarillenta se derramaba como whisky sobre tus pechos —me escribió en una carta— y se perdía en el charco de oscuridad que había a tus pies. Tus pechos eran enormes, y tus pezones, como dos ojos furiosos que me desafiaban a acercarme. Estaba tan abrumado que no podía moverme». Fue la única carta de amor que me envió. Se convirtió en un juego ver quién daba el primer paso, y el espacio entre nosotros, en aquellos momentos, era lo más excitante que había conocido nunca: porque aunque en aquel espacio

no había nada, para mí estaba igual de lleno y era igual de precioso que un barco cargado de oro.

Pero una noche mi sombra se interpuso entre los dos. Me la quedé mirando sorprendida, porque era una extraña, larga y esbelta, y no se parecía en nada a mí. Entonces sonreí porque reconocí quién era: Tomoko, ¡pero con mis pechos! Debí de enamorarme de mi sombra entonces, porque todas las noches, esperaba a que apareciese, y cuando llegaba, ya no miraba ninguna otra cosa. Incluso cuando Ryu me besaba, no conseguía apartar los ojos de mi hermosa sombra, sino que seguía observándola mientras se fundía con la de él, perdía su forma y se convertía en el monstruo de incontables extremidades de nuestro noviazgo.

Durante todo el año, como actores Kabuki, repetimos el mismo ritual. Entonces, en marzo, Ryu recibió una invitación para una entrevista con el banco Mitsubishi. Por la forma en la que me miraba aquella noche, con orgullo, casi como si le perteneciese, intuí que tenía algo importante que decirme. Cuando por fin recorrió el espacio que nos separaba y me tocó con delicadeza, se le cayó la máscara y vi la alegría al desnudo en su rostro. Supe que había ocurrido algo muy importante, pero, por el momento, me bastaba con compartir su felicidad. Después, mientras me acompañaba a la estación de metro, me contó todos los detalles de la entrevista. Entonces yo también di un grito de alegría, porque por fin supe con seguridad que su futuro sería tan brillante como había soñado.

Por la cara que pones, veo que piensas que era una ingenua. Pero no lo entiendes. Para nosotros, el futuro es muy importante. Ninguna mujer decente se casa con un hombre sin

futuro. Y los futuros de los hombres, bueno, no se deciden de improviso en una simple entrevista. En realidad, uno de los estudiantes que cursaban el último año en la universidad de Ryu, el hijo de uno de los altos funcionarios del Ministerio de Economía, lo había recomendado y la empresa había accedido a entrevistarlo; no porque conociesen a Ryu, sino porque respetaban a su mentor, a su *senpai*. Por tanto, la entrevista fue algo así como el encuentro oficial entre dos familias antes de un matrimonio concertado: teatral, pero importante. Porque si, en aquel momento, alguien hubiese tomado antipatía a Ryu y se hubiese opuesto a que entrase en el banco, su carrera habría acabado antes de empezar. Pero Ryu debió de caerles bien en la entrevista porque nadie se opuso a él. Yo sabía que no lo harían. Porque Ryu tenía un talento especial: era tan completamente normal que no ponía nervioso a nadie.

Justo antes de que Ryu se graduase, me llevó de vacaciones a un manantial de aguas termales en Beppu, en la prefectura de Oita, donde pasamos unos días, y después a casa de su madre, en Kitakyushu. En el colegio dije que estaba enferma, y a mi madre, que iba a un torneo de voleibol con el equipo del colegio. Nadie sospechó la verdad. En cierto modo, fue nuestra luna de miel, porque justo después de graduarse Ryu empezó a trabajar en el departamento de préstamos de la sucursal de Akasaka del banco Mitsubishi. Era 1986. Era una época de vacas gordas en Japón, los salarios iniciales eran altos y las empresas se peleaban por los graduados como mi marido.

Desde el principio, Ryu tenía muy claro lo que quería hacer. Quería enviar dinero a su madre, en Kyushu, para que no

tuviese que trabajar. Y quería casarse conmigo. Cuando se lo dije, Tomoko derramó un poco de su ácido clorhídrico sobre el pupitre.

—¿No deberías esperar un poco? —me preguntó, mientras nos apresurábamos a limpiarlo—. Es el primer hombre con el que has estado. Deberías ir a la universidad, conocer a otros hombres y después decidir qué quieres. —Miré a Tomoko y, de pronto, el espacio que nos separaba me pareció enorme. Tomoko podía permitirse esperar. Para ella, conocer a hombres era fácil. Pero yo sabía que si hacía esperar a Ryu, encontraría a alguien más guapa e inteligente que yo. El mundo está lleno de mujeres hermosas. Igual que está lleno de flores hermosas. Lo único que tenía eran dos pechos del tamaño de pomelos. Tenía que ser realista.

Mi boda estuvo llena de flores. Todos los compañeros de la oficina de Ryu enviaron un ramo, aunque ni siquiera los conocía. Algunos de los ramos eran enormes, ¡e incluso los más pequeños debieron de costar al menos quince mil yenes! Mi vestido de novia costó menos que las flores. Era alquilado. Pero lo que más me dolió fue que el kimono de novia que me puse aquella mañana cuando fuimos al templo también era alquilado. Fue porque mi madre se oponía al matrimonio. Me dijo que no estaba dispuesta a gastarse dinero en un matrimonio que consideraba un error. De haber vivido todavía en casa, puede que mi hermano se hubiese puesto de mi parte y la hubiese convencido. Pero ya estaba muy lejos, en América. Así que Ryu y yo esperamos a que terminase el colegio y nos casamos de todos modos.

—El kimono blanco de novia es algo muy especial, es un símbolo del matrimonio en sí —me decía siempre mi madre